

Pocos son los monjes menos capacitados de responder una pregunta como ésta que quien escribe estas líneas. Viviendo solo desde hace más de veinte años, no conoce ni el mundo ni de dónde provienen los novicios, ni las tendencias o rechazos que ellos traen consigo al monasterio, ni aún los problemas individuales y comunitarios que se plantean con más agudeza a los cenobitas actualmente. A pesar de estas carencias, es con alegría que hablaremos de la estabilidad monástica, uniendo lo poco que sabemos de las realidades contemporáneas a las reflexiones que nos inspiran algunos monumentos de la tradición.

En primer lugar, pareciera que un programa de estabilidad no está hecho para entusiasmar a la juventud de un mundo en rápida evolución. ¿Estabilizarse, no es acaso inmovilizarse, cuando toda vida es movimiento; permanecer estático cuando toda juventud aspira a crecer; encerrarse en un estado que pretende ser inmutable, cuando toda la sociedad se transforma cada día bajo nuestros ojos? Esta palabra de estabilidad tiene algo de ... estático, que hace pensar en el encerramiento en una cárcel o en un sepulcro.

Pero, no seamos demasiados pesimistas. El vocabulario relativo a la "estabilidad" está lejos de haber perdido toda resonancia positiva. A juzgar de ello por los diccionarios, el neologismo francés "desestabilizar" dice un estado de desequilibrio económico, social, político, que todos sienten como cargado de amenazas. Y ser inestable, psicológica o profesionalmente, ciertamente no es una cualidad. A pesar de estos hechos del lenguaje y de otros semejantes, nos parece que aún hoy podemos hablar de estabilidad a los postulantes de nuestros días. Bastaría para ello dar a la palabra "estabilidad" toda la riqueza de contenido que tiene en los escritos de los Padres y de los primeros monjes, en los cuales se inspira san Benito.

Para comenzar por la misma Regla, es claro que la estabilidad

¹ "Artículo redactado a pedido de las Benedictinas del Santísimo Sacramento (Vía F. Bellotti, Milán) y aparecido en primer lugar en italiano en *Ora et Labora* 52 (1997), pp. 109-114. En este año centenario de Cister [1998], lo ofrecemos de buen grado a nuestros hermanos cistercienses en memoria de Esteban Harding, "*amator regulae et loci*" (*Exordium Parvum*, XVIII, 3)". Traducido de *Collectanea Cisterciensia* 60 (1998), pp. 149-153, por el Hno. Juan de Azul.

² Monje benedictino de la Abadía Santa María de la Pierre-qui-Vire (Francia), es bien conocido entre nuestros lectores por las diversas contribuciones publicadas en *CuadMon*.

¿Cómo
formar
hoy a los
novicios
en la
estabilidad?

CuadMon 136
(2001) 9 - 14

local que se promete en la profesión (RB 58,17) es inseparable de las dos promesas siguientes: la *"conversatio morum"* y la *"oboedientia"*. Si uno permanece en un mismo lugar, es para practicar allí la ascésis monástica, designada seguidamente como *"conversatio"*, como así también la obediencia, que es la principal característica de ese género de vida. Ahora bien, la *"conversatio"* es una realidad esencialmente dinámica, cuyo "principio", definido por la observancia regular (73,1), es seguido por un "progreso" sin fin, que acompaña al de la fe (Pról. 49). Más allá del "fervor novicio" (1,3), este desarrollo conduce a una vida realmente "santa" y radiante (21,1), que tiene tantos "grados" como la comunidad tiene de personas (22,2; 63,1), y que tiende hacia una perfección que sobrepasa la Regla, como ella lo destaca por medio la Escritura y la enseñanza de los Padres (73,2).

"Estabilizarse", en el sentido monástico de la palabra, es pues comprometerse en un proceso de crecimiento sin fin, cuya permanencia en un lugar es solo el punto de partida y la condición. La "estabilidad" prometida en la profesión consiste en perseverar en este devenir³. De esta manera, ella prolonga un tema mayor del Evangelio: "aquel que perseverare hasta el fin, se salvará" (Mt 10,22; 24,13). "Perseverar en el monasterio hasta la muerte" como dice Benito siguiendo al Maestro⁴, es, según la palabra de Jesús, "permanecer con él hasta el fin, en medio de sus pruebas" (Lc 22,28; cf. Jn 6,67).

Es bueno, incluso indispensable, hacer resaltar estos hilos que unen nuestra estabilidad a la enseñanza y a la persona de Cristo. Por lo demás, en las Epístolas de los Apóstoles, la misma terminología hace aparecer las raíces neotestamentarias de la estabilidad del monje. ¿No exhorta San Pablo a los Corintios a permanecer "estables e inmóviles, perseverando sin cesar en la obra de Dios"⁵, y no termina la misma Epístola lanzando a los cristianos este pedido, que antiguamente aparecía al final de todos nuestros nocturnos: "Vigilen, permanezcan de pie (*state*) en la fe"⁶?

En la línea de estos textos paulinos, san Cipriano desarrolló magníficamente la metáfora del soldado que "mantiene" o "permanece de pie" (*stat*) sobre el campo de batalla, no dejándose ni abatir, ni poner en fuga por el adversario. En un tiempo de persecución, los cristianos se dividen en "*lapsi*" y "*stantes*": aquellos que "caen" y aquellos que "permanecen de pie". Pero, incluso en tiempo de paz esta dicotomía permanece válida: la ausencia de persecución humana no impide al cristiano estar siempre en la lucha contra los demonios. En todo tiempo es necesario pues "resistir"

³ Cf. RB 4,78 (*stabilitas in congregatione*) = RM 6,1-2 (*perseverando*).

⁴ RB Pról. 50 = RM Ths 50.

⁵ 1 Co 15,58: *stabiles stote et immobiles*.

⁶ 1 Co 16,13: *state in fide*. Ver también Ef 6,11-14, donde aparece tres veces el verbo *stare*.

contra estos enemigos invisibles, y esta resistencia victoriosa recibe de Cipriano el nombre de “*stabilitas*”⁷.

A la luz de lo dicho, se ve con qué vigor militar y con qué energía incesante está cargada la noción de estabilidad monástica. El monje es un continuador de los mártires. Ser “estable” en su monasterio, es para él, resistir a la presión adversa que quiere a cada instante desestabilizarlo. Se trata de “permanecer de pie” como un buen soldado de Cristo, sin huir - dejar el monasterio -ni sucumbir bajo los golpes del enemigo- faltar a la “*conversatio morum*” y a la obediencia.

Sin embargo, este telón de fondo paleocristiano no es el único que ilumina la “estabilidad” del monje. A la estabilidad guerrera de la lucha hay que unir otra aplicación del término, que aparece en particular en los escritos específicamente monásticos de Casiano. Cuando éste habla de “*stabilitas*”, con todas las palabras emparentadas (“*stabilis*”, “*instabilis*”, “*instabilitas*”, “*stabiliter*”), él piensa en una cuestión bien definida, cuya importancia es esencial para todo monje: “¿cómo fijar en Dios un espíritu humano que no deja de vagabundear por todos lados?”⁸.

El problema de la estabilidad se interioriza de este modo. Aquí se llega al corazón de la vocación monástica. Si el monje permanece toda su vida en el monasterio, ¿no es a fin de cuentas, porque espera que esta estabilidad corporal le permita alcanzar la meta de su vocación: una estabilidad propiamente espiritual que lo una constantemente a Dios? La palabra griega “*monachos*”, “monje”, está impregnada de este ideal de unión en Aquel que es el Único y el Solo.

La razón de ser de la estabilidad local es la estabilidad de los pensamientos y también su condición y ayuda. San Benito nos lo recuerda en su primer grado de humildad: en la base de todo progreso espiritual se encuentra el esfuerzo para guardar constantemente presente el pensamiento de Dios quien nos ve. Estabilizar el espíritu en este acto de fe, es procurarse el medio de practicar la estabilidad en el monasterio y en la observancia monástica.

Lo que sugiere así el capítulo sobre la humildad, lo podemos también deducir de la conclusión del Prólogo. Cuando Benito, siguiendo al Maestro, dice allí que “debemos perseverar en el monasterio hasta la muerte”, agrega esta precisión: “*in eius*

⁷ Ver nuestro artículo *Persévérer au monastère jusqu'à la mort. La stabilité chez saint Benoît et autour de lui*, en *Collectanea Cisterciensia* 43 (1981), pp. 337-365, en especial pp. 340-344, reproducido en *Le Maître Eugippe et saint Benoît. Recueil d'articles*, Hildesheim 1984 (RBSS 17), pp. 630-658.

⁸ Ver particularmente *Conferencias (=Conl.)* 7, 3, 1 y 5; 7, 5, 2 y 6, 3; 7, 23. -Conl. 9, 8. 5. -Conl. 10, 10, 8 y 11-12; 10, 12; 10, 13, 1 y 14, 1, etc.

doctrina". Es "en la enseñanza de Cristo" que permanecemos "en el monasterio". Estos dos aspectos de la estabilidad se conjugan: el elemento material de la perseverancia en un lugar no existe sin una atención igualmente perseverante a la palabra divina, no siendo el monasterio otra cosa que "una escuela del servicio del Señor", donde Cristo no cesa de enseñarnos (Pról. 45-50). De nada sirve ser estable físicamente si uno no lo es también espiritualmente, quedando continuamente a la escucha de la Enseñanza divina.

La estabilidad del cuerpo en un lugar, del espíritu en un pensamiento, de la persona entera en un combate donde uno se mantiene firme, sin caída ni huida: tales son los tres componentes inseparables que tenemos que poner bajo los ojos de aquellos o aquellas que se preparan para este emprendimiento. Agreguemos que la prestación corporal mencionada en primer lugar implica de por sí, lo hemos dicho al principio, una observancia que abarca a toda la persona: la estabilidad local consiste no solo en permanecer en el monasterio, sino también en llevar allí una vida en comunidad. "*Stabilitas in congregatione*" dice la Regla (RB 4,78), la estabilidad cenobítica supone una comunidad.

Sin embargo esta estabilidad comunitaria no es un "*nec plus ultra*", que impide todo avance posterior. Cuando un cenobita largamente formado en el ejército fraterno pasa a los combates solitarios del desierto, lleva consigo lo mejor de lo que aprendió entre sus hermanos. Perseverando en esta observancia y sobrepasándola, prosigue su esfuerzo de estabilidad más allá de sus límites locales. Su celda de ermitaño se transforma en un nuevo hogar de estabilización, donde se mantiene, no sin dificultad a veces, resistiendo a las pulsiones de la acedia⁹.

Que la estabilidad espiritual en el bien puede exigir, en ciertos casos, rupturas de la estabilidad corporal, tenemos un ejemplo de ello en el historia de Hilarión contada por San Jerónimo. Anacoreta radiante, Hilarión vio formarse alrededor suyo una comunidad de discípulos. Cuando decide dejar este monasterio de Gaza para volver a su vida de ermitaño, su carisma de taumaturgo le trae una afluencia de solicitantes y la celebridad. Su existencia entonces se torna inestable. Huyendo de la fama que lo persigue, pasa de Palestina a Egipto, de Egipto a Libia y a Sicilia, de Dalmacia a la isla de Chipre, donde morirá. La verdadera estabilidad espiritual, es su rechazo constante de la gloria humana que lo obliga a una inestabilidad perpetua.

Aparte de este caso límite, se puede decir que la estabilidad local del monje permanece siempre abierta, porque es sólo el soporte exterior de una virtud que reside

⁹ CASIANO, *Instituciones* 10, 2-6 y 25.

ante todo en el corazón. Este carácter espiritual de la verdadera estabilidad tendría que ponernos en guardia contra las alteraciones que se cometen muy fácilmente en el seno de una vida monástica perfectamente estable en apariencia. Si leemos los diarios, escuchamos la radio, miramos películas y videos, ¿estamos siendo fieles aún a esta estabilidad monástica que hemos prometido? ¿No dejamos así el monasterio, aunque sea solo por un instante, por medio de los ojos, los oídos, el pensamiento? ¿La formación en la estabilidad no debería incluir la renuncia a los medios de comunicación en favor de la atención a Dios?

Para finalizar, es sin duda bueno tener frente a nuestros ojos y poner frente a los de los novicios los grandes ejemplos de estabilidad que llenan la historia monástica. Desde los cuarenta años hasta los noventa, Juan de Licópolis permaneció medio siglo en su celda de recluso¹⁰. Habitando al borde del Nilo, Sara pasa sesenta años sin dirigir hacia el río una mirada curiosa¹¹. Una celebre historia, reportada un poco diferente por Sulpicio Severo y Casiano, nos dice que dos hermanos permanecieron cuarenta años sin que el sol haya visto a uno comer y al otro encolerizarse¹².

Estos ejemplos de estabilidad en la virtud atraen una vez más nuestra atención sobre el fin espiritual de la “*stabilitas*”. Practicar ésta tiene sólo sentido si la fidelidad al lugar y a la institución va acompañada de un mismo afecto a la manera de vivir y a las virtudes que la vida monástica desarrolla.

Una bella historia contada por san Gregorio en los “*Diálogos*”, en el libro que sigue a la Vida de san Benito, ilustra este carácter fundamentalmente espiritual de toda estabilidad verdadera. El ermitaño Martín de Mont-Marsique, al sur de Roma, vivía en una gruta, y para prohibirse el salir de ella, se ató el pie a una roca con una cadena. San Benito le mandó decir: “si eres servidor de Dios, que no seas retenido por unas cadenas de hierro, sino por la cadena de Cristo”¹³. Tal es así también la única razón de la estabilidad que exige Benito en su Regla: el amor de Cristo. Toda monja o monje benedictino puede hacer suya la palabra que Macario de Alejandría hacía repetir al joven Paladio, cuando la *acedia* empujaba a éste a dejar su celda: “A causa de Cristo, guardo estos muros”¹⁴.

Formar a los novicios hoy en día en la estabilidad es sin duda, en primer lugar,

¹⁰ *Historia monachorum* 1, 1, 2.

¹¹ *Vitae Patrum* V, 7, 19.

¹² SULPICIO SEVERO, *Diálogos* I, 12, 1 (dos cenobitas del mismo monasterio); Casiano, *Inst.* 3, 27 (un ermitaño y un cenobita).

¹³ GREGORIO, *Diálogos* III, 16, 9, haciendo eco a Teodoreto, *Hist. Rel.* 26, 10 (Melecio y Simeón Estilita).

¹⁴ PALADIO, *Historia. Lausíaca* 18, 29.

descubrir para ellos las perspectivas ilimitadas en las cuales los antiguos monjes concibieron y vivieron esta práctica. Si renunciamos a la movilidad espacial, es para favorecer la inmovilidad del corazón en Dios, en el movimiento perpetuo de la búsqueda de Dios. El último de los conferencistas de Casiano, el Abad Abraham, lo dice admirablemente a propósito de la perseverancia en la celda, que es el lugar de la estabilidad para los ermitaños¹⁵:

“Toda la atención del monje debe concentrarse sin cesar en un solo punto, y todos sus pensamientos, que nacen, van y vienen, él debe volverlos a traer sobre un solo objeto, que es el recuerdo de Dios. A la manera de un hombre que traza la bóveda circular de un ábside, dando vuelta sin cesar con su cordel alrededor de un centro ubicado muy alto (...); nuestro espíritu debe tomar por centro el amor del Señor, y en todo momento, a través de todos sus trabajos y emprendimientos, permanecer inmutablemente fijo en este centro, permitiendo o rechazando sus pensamientos, según que, paseando en círculo el cordel de la caridad, le indique cuáles son los que hay que admitir o rechazar en la construcción”.

*Abbaye Sainte Marie de la Pierre-qui-Vire
89630 Saint-Léger Vauban
Francia*

¹⁵ CASIANO, Conl. 24, 6, 1-3.